

Introducción

Por Eduardo López Busquets
Coordinador del Grupo de Trabajo

La enorme ola de optimismo que recorrió el mundo árabe a finales de 2010 parece hoy en día muy lejana. Aquel despertar árabe que irrumpió en escena con la inmolación de Mohamed Bouazizi en el pueblo tunecino de Sidi Bouzid, y que prometía grandes pasos hacia la democracia y hacia una nueva gobernanza ha dado un revés dramático. La caída de los presidentes Ben Ali en Túnez y Mubarak en Egipto enviaba señales de que la era del autoritarismo se acercaba a su final. Los cimientos en Siria, Yemen y Libia se estremecían. Posteriormente los regímenes del coronel Gadafi en Libia y del presidente Abdalá Saleh en Yemen sucumbían ante las demandas populares de cambio. Las monarquías parecían aguantar mejor la presión, pero desde Marruecos hasta Jordania, pasando por Arabia Saudí y el Golfo se buscó apaciguar la disidencia y desviar la atención.

Revolución y contrarrevolución

Para los observadores del acontecer en Oriente Medio y África del Norte, la voluntad de cambio tenía arraigo en factores internos y originalmente poco o nada le debía a objetivos yihadistas o ideologías extremistas. El proceso se propagaba por las redes sociales, instrumentos que contribuyeron a romper la barrera de miedo y mostrar cómo se vivía en otros lugares. Estos vehículos que convertían a los levantamientos populares en

«revoluciones 2.0» también serían utilizados más adelante para difundir mensajes fundamentalistas con efectos tóxicos.

Pero, sin haber transcurrido un año de la eclosión de la Primavera Árabe ya aumentaban las voces que, ante la ola revolucionaria, advertían sobre la marea contrarrevolucionaria. El llamado Estado profundo, el antiguo régimen, se movilizaba y utilizaba todos sus recursos para preservar las viejas estructuras del poder. La sensación de que el movimiento revolucionario había sido secuestrado por fuerzas oscuras se extendía. Otros argumentaban que décadas de dictadura y de ausencia de libertades condicionan a un pueblo poco preparado para prácticas democráticas.

Yemen ha visto cambios, pero aún sin mejoras, mientras que la violencia interna y las dimensiones se han incrementado y varios grupos rebeldes afiliados con al Qaeda se han reagrupado. Otro caso es el de Bahreín, único Estado del golfo Árabe que puede incluirse en la llamada Primavera Árabe, cuyo desarrollo político ha sido truncado, dando pie a mayores divisiones internas. Pero Egipto quizás sea la mayor promesa fallida, no solo por ser un país cuyo liderazgo la región echa de menos, sino por los falsos pasos hacia la apertura política que dio el primer Gobierno electo democráticamente, el de los Hermanos Musulmanes bajo el liderazgo de Mohamed Morsi. Con esta experiencia resultó evidente el peligro de dejarse llevar por el resultado de las urnas y de consumir de un solo golpe la legitimidad generada por el voto popular. El relevo tomado por los militares no parece indicar un mayor compromiso con el *fair play* del juego democrático y sí con la lógica del juego de suma cero en el que el ganador se lo lleva todo. Como indica Emilio Sánchez de Rojas en su artículo «Egipto: crónica de tres años convulsos», la suspensión de los Hermanos Musulmanes del juego político es una realidad. La alienación de este sector ofrece un terreno fértil para la radicalización del yihadismo en suelo egipcio.

La generación de jóvenes y mujeres que tanto añoraban un cambio se sienten profundamente abandonados, por no decir traicionados, y existe una auténtica crisis de identidad política, ya que el camino hacia la madurez ciudadana ha sido desviado nuevamente al nacionalismo más dogmático y a la polarización ideológica, sin olvidar la tradicional apatía.

Sin embargo, en este panorama dominado por el pesimismo, surge el islote tunecino. A pesar de similares enfrentamientos entre liberales e islamistas, ha prevalecido una lógica de negociación y compromiso de ambos lados, lo que ha permitido la redacción de una nueva Carta Magna. Se ha evitado con éxito la dinámica de suma cero que se ha amparado del escenario político de las otras transiciones árabes. Túnez es, hoy por hoy, un caso *sui generis* en lo que parece ser un escenario general de confrontación, lucha sectaria o dictadura renovada.

Grietas profundas

No obstante, el panorama de Túnez parece menos halagüeño en el artículo «Libia y Túnez: los Estados débiles del norte de África», donde la situación económica y social de ambos países sigue siendo una fuente de descontento para la población. La crisis de 2007 ha afectado a esta zona y hace peligrar la situación política en Túnez. El antes señalado «alumno aventajado» por el Fondo Monetario Internacional (FMI), se enfrenta ahora a problemas como la corrupción, las desigualdades y el paro juvenil. En Libia el problema energético es cada vez más importante y con la falta de institucionalidad reinante en el país, surge una lucha por el control de los recursos energéticos, además de los problemas ligados a la disminución de las exportaciones por una falta de demanda extranjera, también afectada por la crisis.

Además, en mayor o menor medida estos dos países cuentan con movimientos yihadistas. En Túnez el salafismo y yihadismo penetran debido a la porosidad de las fronteras y crea numerosos conflictos que debilitan al Estado y obligan al partido En Nahda a adoptar una posición ambigua. Así lo indica Ignacio Fuente Cobo en el artículo «En Nahda afronta un complicado dilema: si se convierte en una organización principalmente religiosa, corre el riesgo de alarmar a los no islamistas. Por el contrario, si se comporta de una forma más pragmática y política, puede alienar a muchos de sus miembros y empujarlos hacia los salafistas y hacia los partidos a su derecha».

Su vecina, Libia, se ve afectada por el yihadismo y el contrabando, principalmente en el sur del país, ya que las fronteras se han vuelto menos seguras tras la caída de Gadafi. Resultado de esta anarquía, una de las preocupaciones centrales del país es lo que se denomina como «islamo-gansterismo», sin dejar de lado las reivindicaciones nacionalistas que hacen peligrar la unidad del Estado. Libia podría, afirma Fuente Cobo, convertirse en un Estado fallido ya que se encuentra al borde de la guerra civil, lo que nos llena de pesimismo ya que fue uno de los primeros países en derrocar la dictadura. Se considera que está en una situación de «ni paz, ni guerra» y el diario *Le Monde* considera que «Libia es un país a la deriva, puede incluso que al borde de la desintegración».

Similarmente, en el artículo de Francisco José Berenguer «Hacia dónde nos lleva la guerra civil siria» se enfatiza la amenaza del yihadismo, a la que hay que añadir el uso de armas químicas por parte del régimen, tras el ataque de agosto del 2013 en el que murieron 1.429 personas en un barrio periférico de Damasco. En este país la reacción del régimen a la Primavera Árabe ha sido sin lugar a dudas desproporcionada, lo que ha desatado una guerra civil que dura ya tres años sin avances hacia la transición democrática. Este caso nos muestra el peligro que supone la mala gestión de las revueltas.

Y más preguntas de fondo

Si bien es cierto que los procesos de transición suelen ser turbulentos, las debacles en los países árabes han demostrado grados de caos y de violencia alarmantes. Siria es uno de los casos más evidentes de una represión que se tornó en lucha armada y posteriormente en sangrienta guerra. Asimismo, el fuego ha sido atizado por las guerras de poder y conflictos sectarios encabezados por Estados vecinos, como Irán, Qatar y Arabia Saudí, o más lejos, Rusia y países occidentales. Iraq, país cuya apertura democrática llegó de las manos de una invasión extranjera, es también presa de políticas sectarias, violencia endémica y extremismo, evidenciados por el trágico ascenso del EILL (Estado Islámico en Iraq y el Levante) que en junio de 2014 ocupó la ciudad estratégica de Mosul.

Muchas preguntas son hoy más pertinentes que nunca: ¿el sectarismo y las guerras de poder llevarán la batuta? ¿Cuáles son las alternativas para los jóvenes que protestaron y llevaron la Primavera Árabe a las calles y a nuestras pantallas? ¿Cómo se sostendrán las nuevas promesas de estabilidad en países como Egipto, donde las condiciones que propiciaron las protestas siguen más vigentes que nunca? ¿Qué sucede en las monarquías donde un cierto grado de legitimidad se ha preservado? Esta última es una de las aristas interesantes que el presente volumen explora.

Quizás una de las preguntas más inquietantes e insistentes es aquella que tiene que ver con la compatibilidad entre democracia y los preceptos islámicos tradicionales. ¿Pueden coexistir, y bajo qué condiciones? ¿Hay que analizar con mayor cuidado el caso de Túnez, o enfocarse en lo que se ha denominado el modelo turco? Los propios habitantes de estos países convulsos oscilan entre privilegiar, por una parte los derechos humanos y las libertades individuales o, por otra, aplicar la ley y buscar el orden con un liderazgo fuerte y políticas populistas. Mirando más allá de la región, ¿qué modelos de desarrollo elegir? ¿El sureste asiático, América Latina, Europa del Este, la propia península ibérica?

Y en medio de este abanico de preguntas de difícil respuesta, la economía sigue siendo un pilar de vital importancia, muchas veces ignorado, como recordó el ex presidente de Estados Unidos Bill Clinton en aquel eslogan de su campaña electoral en 1992: «It's the economy, stupid». Es evidente que las reformas y reestructuraciones no pueden darse en un contexto de subsidios y de déficit. La frustración acumulada que encendió la mecha de las protestas populares sigue sin ser atendida: no hay oportunidades de empleo y la brecha social se ensancha; aparecen nuevas élites en busca de un trozo del pastel pero la población marginada sigue sin acceso a servicios básicos ni mejoras laborales. Pero para los gobernantes reducir los subsidios es un suicidio político, lo cual los coloca ante un círculo vicioso de improductividad e inseguridad, y sin ingresos turísticos.

El golfo: estabilidad y presencia reforzada

A diferencia de los Estados Unidos y la Unión Europea (UE), los países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) han decidido intervenir en los países afectados por los procesos revolucionarios, lo que les ha proporcionado un mayor peso en la política internacional acorde con su importante peso económico. Pero estos países también han sido afectados por las revueltas, como señala Gabriel Alou en su artículo.

Bahréin es el caso más evidente, cuyas manifestaciones en Manama son consideradas comparativamente las más importantes del mundo árabe ya que en ellas participó una quinta parte de la población. En Omán ha habido cambios en el Gobierno causados por manifestaciones y actos violentos sin precedentes. Asimismo, Kuwait, que goza del sistema político más abierto en la región, ha visto manifestaciones antigubernamentales y la Asamblea legislativa discutió mociones contra el primer ministro que dimitió posteriormente. En Arabia Saudí, a pesar de las reformas del rey Abdulá en 2005, se registra un importante descontento por parte de la minoría chií que el Gobierno ha intentado atenuar aumentando el gasto público. Qatar es posiblemente el Estado cuyo papel ha sido más mediaticado debido al liderazgo que este pequeño país ha ejercido gracias a su poder financiero mediático y militar.

Desde el inicio de 2014 se observa un nuevo período que redefine la política regional. Existen profundos desacuerdos entre los países en temas de seguridad interna, las transiciones o el conflicto de Siria, en particular entre Qatar y Arabia Saudí. El artículo de Gabriel Alou analiza la adaptación de las monarquías árabes presentes en la región del Golfo y como, a diferencia de las repúblicas, han resistido a las Primaveras Árabes sin efectuar cambios sustanciales en sus sistemas políticos. Las principales explicaciones son que las monarquías están enraizadas desde hace siglos en estructuras tradicionales y tribales que les proporcionan una legitimidad superior a la de las repúblicas.

El factor monárquico

Hay que distinguir entre las «monarquías individuales» —Marruecos y Jordania— de las «monarquías dinásticas» que hay en el Golfo. En las primeras, el rey tiene la capacidad de ceder poder al Parlamento con rapidez para responder a las demandas democráticas pero sin abandonar el timón. Ahí, las movilizaciones han sido calmadas sin modificar el sistema político. Por otra parte, en las monarquías dinásticas el gobernante es el jefe de familia, una familia que se asemeja a un partido cuya influencia se extiende por todo el país, manteniendo un tejido de relaciones sociales y un servicio de información eficaz e inquebrantable. En este contexto las reformas políticas reales son difíciles. Por ello, la táctica recurrente

frente al malestar de la población en estas monarquías ha sido subir considerablemente el gasto público.

Nuevos actores: jóvenes, mujeres, redes sociales

La necesidad de modernizar las monarquías del Golfo y los actores que participan en esa modernización es real. Shafeeq Ghabra, profesor de la Universidad de Kuwait opina «que las sociedades de los países del Golfo viven con las mismas carencias democráticas que los habitantes de otros países árabes». La legitimidad de estos sistemas es muy antigua y al ser poblaciones reducidas con canales de acceso a los gobernantes, no parece urgente un cambio de las estructuras políticas. Pero las revueltas en estos países muestran que hay contradicciones e insuficiencias en el sistema.

A raíz de la Primavera Árabe las nuevas tecnologías han permitido que los movimientos juveniles se conviertan en un actor importante, con capacidad para movilizarse y ejercer presión. Todos los países del Golfo se han visto afectados por las movilizaciones y cabe resaltar la alta participación de las mujeres, incluso en Arabia Saudí. Los nuevos medios de comunicación han permitido una libertad de expresión menos acotada, por ejemplo en Omán se ha criticado al sultán que era antaño una figura sacralizada.

Los Estados han intentado limitar las revueltas, protestas y reivindicaciones, como en el caso de Bahréin, pero las «manifestaciones relámpago» (convocadas a través de redes sociales) han desafiado los controles estatales. En Yemen hay que resaltar la movilización de los jóvenes y, en particular, de las mujeres. Tanto es así que Tawakol Karman, una prominente activista, recibió el Nobel de la Paz en 2011. Expresión de este entusiasmo y presencia juvenil es el importante arte callejero que abiertamente expresa apoyo a los movimientos revolucionarios en toda la zona.

Diversidades y sectarismos: equilibrio delicado

Hay que destacar que los Estados modernos del Golfo tienen apenas medio siglo de existencia y aunque se hayan formado sobre tradiciones rígidas, las sociedades posteriores al *boom* petrolero son muy diversas y los jóvenes y las mujeres participan cada vez más en la vida educativa, laboral y política.

La diversidad étnica está marcada por la población chií, su presencia es desigual por países y hay diferentes filiaciones. La dificultad reside, por una parte en las tensiones religiosas entre suníes y chiíes, y por otra parte en las tensiones entre chiíes y el Gobierno.

La primera da lugar tanto a tensiones internas como internacionales, se habla de «guerra fría» entre Arabia Saudí e Irán. Parte de la narrativa suní en su vertiente wahabí «considera que los chiíes, por su condición herética, ni forman parte de la identidad nacional árabe [...] ni son auténticamente musulmanes». Este rechazo se transmite por los medios de comunicación, y varios Gobiernos han tenido que adoptar medidas para frenar el uso de lenguaje incendiario sectario que se utilizaba en algunas mezquitas y, con efectos más peligrosos aún, los medios de comunicación.

Esta exclusión lleva a los chiíes a una fuerte reivindicación de identidad y posibles enfrentamientos con el Gobierno; aun así siguen formando parte con normalidad de la vida económica y política de los diferentes países. Pero las tensiones son cada vez más importantes en el mundo suní, lo que podría cambiar esta situación.

Comunidad internacional y estados vecinos

Más allá del nivel interno, también se han multiplicado los interrogantes sobre el futuro de las fronteras del siglo xx, aquellas trazadas por las potencias coloniales en el acuerdo Sykes-Picot hacia finales de la Primera Guerra Mundial. La presencia y consolidación de movimientos de grupos étnicos y religiosos producen tensiones que amenazan seriamente con desestabilizar a la región. La expansión de grupos islamistas extremistas en partes de Siria e Iraq podría crear una suerte de Estado delincuente con pretensiones de califato.

Contrariamente a otras épocas, en este despertar árabe las influencias internacionales parecen tener pocos efectos atenuantes. Más allá de la ayuda económica proveniente de algunos países del Golfo que han inyectado oxígeno en la agonizante economía egipcia, ni grupos regionales como la Liga Árabe, ni países individuales como los Estados Unidos, ni organizaciones internacionales como la ONU parecen tener poder de negociación real. El poder se ha fragmentado de tal forma que la capacidad de influir es marginal.

Resulta interesante cómo se trazan paralelismos con otros períodos históricos, por ejemplo con los meses que precedieron a la Primera Guerra Mundial en los que el sistema de equilibrios geopolíticos que permitía la contención de conflictos locales se desgastó. Antes de convertirse en la primera conflagración mundial del siglo xx, el conflicto podría haber sido descrito como la tercera guerra balcánica. Precisamente la guerra de conquista que inició Italia en una provincia africana del Imperio otomano (Libia), aunada a las dos guerras balcánicas anteriores y a la retirada paulatina de los otomanos aceleró la volatilidad de la región. La cadena de eventos llevó a que los dos bloques (Rusia y Austria-Hungría) y la geopolítica del sistema europeo fueran contaminados por la dinámica del

teatro balcánico, el nacimiento de la Gran Serbia y los ataques al Imperio otomano.

Si bien la Primavera Árabe es un fenómeno interno y de carácter más bien espontáneo, lo cierto es que ha movido las placas tectónicas en buena parte de la región, con resultados imprevisibles. Con estos movimientos ha quedado claro que regiones tradicionalmente alejadas de las transformaciones sociopolíticas no son inmunes al cambio. Ya sea por los altos ingresos per cápita, o por la propia estructura política o el tejido social, las monarquías, y en particular aquellas ubicadas en el Golfo, habían permanecido en una suerte de comodidad o letargo, en el que se veía desde un palco lo que sucedía en la cancha de las repúblicas árabes. Sin embargo, esto ya no es así.

Además, se observa que Oriente Medio es una zona muy susceptible a la porosidad de las fronteras y las consecuencias afectan directamente a los Estados, por lo general débiles. Una ola de movimientos radicales recorre la zona hasta llegar a Siria donde las dos principales milicias yihadistas, el EIL y el Frente Al Nusra, reclutan para la lucha armada con facilidad y soltura.

Contener el avance de estos movimientos es una tarea muy difícil en Estados débiles, con poblaciones fragmentadas y fronteras abiertas. Se concibe la posibilidad de una intervención militar para ayudar a solucionar este problema pero la comunidad internacional se enfrenta a varios problemas a la hora de tomar decisiones; por un lado Estados Unidos ha optado por observar desde la lejanía y, por otra parte, es difícil determinar hacia dónde orientar la ayuda. Por ello, es importante reflexionar y nutrir el análisis con volúmenes como el que se presenta aquí. Para informar nuestras acciones es necesario desmantelar las teorías de la conspiración y entender desde la historia y la actualidad las razones detrás de estos tiempos turbulentos.